

“Catalunya”: Tomar viento fresco

MIGUEL ESCUDERO*

La vida navega por sus derrotas a soplo de viento. Se diga lo que se diga, los vientos que se titulan divinos suelen resultar diabólicos, esto es, suponen arrasamiento y total carencia de piedad y compasión.

“Tomar el viento” es una frase de ámbito tanto marítimo como cinagético. Supone la astucia de disponer las velas de modo adecuado para que recojan el viento o, como también se dice, para que éste las hiera. Asimismo implica la adaptación de los cazadores para que el viento no vaya de ellos a la presa y los anuncie. Otra expresión ventosa que forma parte del acervo popular es “irse con viento

fresco”, lo que indica despachar a alguien, pero también despacharse uno mismo e irse con la música a otra parte. Ambos dichos resuenan con facilidad y enredados cuando se habla de “tomar viento fresco”. Sucede que esto significa simplemente refrescarse o percibir de un modo renovado.

Después de las últimas elecciones autonómicas, la sociedad catalana se ha encontrado con un nuevo e insólito gobierno. Ha sido la culminación de un proceso colmado de suspense y, en cierto modo, no se olvide, divertido (si no para los actores implicados, sí para los espectadores atentos). Era una cita

importante, pero no dramática; nadie, lo que se dice apenas nadie, lo dudaba en Cataluña.

El sucesor designado por Jordi Pujol dio la talla suficiente y, a pesar de una gran pérdida de porcentaje de votos, ganó las elecciones al obtener el mayor número de escaños. Fue una victoria pírrica, porque no le bastó para ser el sucesor también en el palacio de la Generalitat. En la noche electoral se alcanzó un sorprendente punto de inflexión después de escrutado el setenta por ciento de los votos. Hasta aquel momento ganaba el PSC y resultaba imposible una mayoría gobernante formada por CiU y ERC. De pronto, apareció en la televisión Durán — un tipo listo, satisfecho de haberse conocido, como tantos otros hay en el ámbito de la política—, iba a hacer un comunicado. Lo encontré especialmente ufano, incluso eufórico. Aquella imagen me dio mala espina (no voy a disimular ahora mis nulas simpatías nacionalistas; puedo decir asimismo, en busca de carácter propio, que lamento el antinacionalismo igual que el anticomunismo o el antifascismo; las ideologías “anti”, santo y seña de la discordia, nos hacen reñir con saña). El portavoz nacionalista, hablando por boca de un excelente y anónimo equipo de matemáticos estadísticos, sorprendió a todos anunciando que habían ganado las elecciones y recitó sin un solo error el que sería reparto final de escaños (por cierto, me fue inevitable comparar aquella exactitud con la manipulación que los subordinados de Mas, anterior “conseller en cap”, hicieron con los datos de una encuesta encargada por la Generalitat, el fiasco se saldó con la única dimisión de un responsable, un prometedor alto cargo). En los supuestos vencedores, y no sólo en ellos, cundió el estupor y el desánimo mitigado por unas gotas de

incredulidad. Pero, poco a poco, implacablemente se fueron confirmando aquellos augurios científicos (nunca reconocidos como tales: “Estamos en condiciones de afirmar que hemos ganado”). La clave de aquel espléndido acierto fue una afinadísima selección de colegios electorales y de un número significativo de papeletas contadas, un muestreo impregnado del conocimiento histórico de la evolución del voto y el empleo magistral de unos “trazadores”. Para mí, lo mejor de la velada.

En el ínterin, Esquerra Republicana fue viéndose árbitro de la situación, con natural alegría percibía su nuevo e inusitado poder: podía decidir quién sería el nuevo presidente de entre los dos cabezas de lista más votados. En el colmo de la dicha hubo entre ellos quien creyó posible incluso que el sucesor al cargo de Pujol fuera su candidato Carod. Estaba claro que, cuando menos, habría un cambio de roles, el viejo partido nacionalista podía afirmar ahora lo que el nuevo y hegemónico partido de Pujol había alardeado siempre, aquí y allá: “Somos decisivos”. Ahí está la clave, cuidadosamente disimulada en todos los análisis oficiales, que ha determinado los acontecimientos posteriores.

A pesar de triplicar el número de sus votos, a Iniciativa per Catalunya (el socio catalán de Izquierda Unida) le correspondía sólo un papel de partenaire. Enseguida rechazó la astuta propuesta republicana de formar un gobierno de “concentración nacional” con la sola exclusión de los “populares”. Ellos han conseguido todo lo que, hoy por hoy, podían aspirar.

En lugar de descender, como las movilizaciones populares contra la

invasión de Iraq o contra el controvertido Plan Hidrológico Nacional parecían presagiar, el Partido Popular incrementó su representación, si bien cedió a Esquerra Republicana la tercera posición. Piqué desarrolló una campaña con un estilo mesurado, atrevido pero respetuoso, superior a todas luces al de sus ex compañeros de gobierno. Aún no han recuperado la fuerza numérica con la que los dejó Vidal-Quadras, singular personaje inteligente, egocéntrico, valiente y provocador, quien tiene en Maragall a uno de sus principales admiradores (una relación de simpatía recíproca entre dos políticos que ciertamente van por libre).

Es curioso que Pasqual Maragall, el nuevo presidente de la Generalitat, fuese el gran perdedor aquella noche de recuento. Volvió a alegar que había obtenido más votos que nadie. Pero con la ley electoral vigente, que nadie ha impugnado durante los veinticinco años de la era de Pujol, no se elige directamente al presidente, según un número de papeletas personales. No procede, por tanto, decir que se ha triunfado aplicando un factor que no vale. Numerosas personas alejadas de la militancia política, que simpatizaban con la idea de renovación y de tenerlo arriba, en el lugar de Pujol, se sintieron inseguras con algunas de sus declaraciones ("maragalladas" las llaman algunos de sus propios simpatizantes), o más bien fue desconcierto, confusión y desconfianza lo que se produjo. Por eso orientaron su voto a otro de los partidos en liza. Así se explica también cómo su partido perdió peso específico y que en las mentes de mucha gente se fuera preparando ya un "tripartito" más equilibrado y compensado. Por otro lado,

en ningún momento pareció que él creyera o quisiera gobernar en solitario.

Esquerra Republicana podía hacer cualquier cosa. Negándole el apoyo a Maragall, éste era ya un cadáver político y el partido de los socialistas catalanes hubiera entrado en una dramática crisis. Yo creía que esto sería lo que al final ocurriría, y lo lamentaba de veras. Vi por la Ciudad Condal diversas pintadas convergentes que, al modo de una mala greguería, rezaban "CiU+ERC=CAT". Esto es, estos dos grupos, sumados, eran Cataluña, no sólo la oficial, sino, en su delirio, la real.

Las negociaciones se sucedieron y durante varios días todos pisamos el teatro. Una noche, Carod y Maragall fueron juntos al campo del Barça, estuvieron sonrientes y alejados de Mas. Ya está, nos dijimos, lo que ya parecía improbable estaba a punto de hacerse realidad. Así fue. Maragall ha vuelto a sonreír como pocos políticos saben hacer. Y ahí lo tenemos, arriba y acompañado. Los dirigentes de CiU se llevaron un gran berrinche, habían ofrecido el oro y el moro a ERC, habían ofrecido incluso más. Estos dijeron que no olvidaban el desdén recibido cuatro años antes, cuando CiU prefirió apoyarse en el PP para controlar el Parlament. Pero todos los desaires se olvidan tocando poder. Los republicanos han repetido que no convenía dejar a los socialistas en la oposición y formar un frente nacionalista, puesto que eso produciría una fractura social. Pamplinas, aún habrá quien se lo crea. Esquerra aspira a ser la marca hegemónica del nacionalismo catalán y para eso le conviene tener con los humos bajos a los dos partidos de Pujol, perplejos al verse desalojados del poder. No se lo creían.

Ellos lo fueron todo y, tampoco se olvide, Pujol pudo haber hecho casi cualquier cosa. Tampoco el EAJ-PNV ha podido ocultar su contrariedad con la nueva combinación catalana. ¿Por qué?

Acaba de declarar Maragall que no tiene la sensación de estar haciendo, desde su cargo, algo que no haya hecho nunca. Y añade que cree que “la gente está ilusionada mucho más allá del espectro” de quienes le votaron a él, a Carod o a Saura. Lo cierto es que no hay inquietud alguna entre los ciudadanos de Cataluña, fórmula que empleó Josep Tarradellas cuando volvió en 1977 de la mano del cada día más añorado por mí Adolfo Suárez. ¿Acaso inconsciencia?

Irresponsable me ha parecido la actitud de los dirigentes del PP, atizando el miedo. ¿Cómo se puede comparar a ERC con HB, con qué intención? El asunto catalán es radicalmente diferente del vasco por la ausencia de sangre. El plan Ibarretxe, absolutamente inaceptable, no tiene ningún futuro en Europa. Todo el mundo lo sabe y sólo la existencia, cada día más renqueante, de ETA le otorga una espuria y corrupta y tramposa explicación. ERC podrá decir, igual que sus amigos de EA o igual que las huestes de Arzalluz, cualquier insensatez sobre el juez Garzón o sobre ETA y sus grupos afines. Pero no tiene milicias callejeras o intimidatorias. Por otro lado, meter todo en el saco de Ibarretxe es un error sumamente desafortunado. Fue lo que cometió Mayor Oreja en plena campaña electoral y que hizo que Piqué se tirase de los pelos. Aznar, Zaplana y Arenas han ido advirtiendo de todos los males si ERC entraba en la Generalitat, pero esto debía pasar de una forma u otra, incluso con la sorprendente ayuda de ellos, sus

enemigos. Parece mentira que finjan no saberlo. Se ha dicho que el programa de gobierno era anticonstitucional, probablemente vulnere algunos puntos. No importa, hay que saber estar preparados para recurrir a los tribunales en silencio, llegado el caso y sin escándalos. “El que se mantiene calmo y quieto se transforma en la guía del universo” dice el Tao-te-king, de Lao Tsé. Hay exaltados que consideran una estupidez la aparente pasividad, pero habría que enseñarles que “la inteligencia más grande se parece a la estupidez” es una frase que enseña a pensar. El problema es que no se quiera pensar.

En concreto se postula una reforma del Estatuto, un nuevo sistema de financiación y una mejora de la inversión pública del Estado en Cataluña. Rechazar esto de plano como insolidario, aunque se invoque unilateralidad para efectuar esas propuestas, no es inteligente, ni siquiera aunque con ello se pretenda la próxima derrota del PSOE. Todo tiene límites. ETA no está en el fondo del paisaje de Cataluña como está en el de Vasconia. ¿Por qué no esperar impasibles, Piqué lo hace, el desarrollo de los acontecimientos? Veo demasiada afición al enfrentamiento y ausencia de suavidad (el corazón de la mejor y más sólida de las firmezas). Saura ha podido declarar que el tripartito representa un estilo distinto que es la antítesis del PP: “A pesar de todo, Mariano Rajoy, el candidato de ese partido, es el más prudente de todos. Espero que no siga la estela de las barbaridades de Aznar, Arenas, Zaplana”. Carod, por su parte, avisa que no practicarán “una política de puertas cerradas ante el Gobierno español. El Ejecutivo de Cataluña, sea del color que sea, tendrá siempre la

obligación de negociar con el Gobierno español, sea del color que sea” y que “felizmente, no todo el mundo dentro del Gobierno español mantiene un mismo estilo, un mismo porte. Hay gente de un formato más civilizado, más sensato, menos excluyente”. Otro párrafo suyo, a propósito del PSOE: “Lo que Aznar no atribuye a Ibarretxe o a Bin Laden nos lo carga a nosotros. Yo celebro que haya alguien en España que haga unas propuestas más presentables que las que hace el PP en el terreno del autogobierno, aunque estas propuestas se encuentren todavía muy lejos de lo que nosotros juzgamos adecuado”.

Debo decir que deseo el acierto del tripartito, un aire fresco para el oasis de Pujol. Deseo, por ejemplo, que acierten en la austeridad presupuestaria, en la reducción de altos cargos, en dignificar la enseñanza pública, en descentralizar la sanidad, en incentivar el ahorro energético, en la construcción de viviendas sociales, en los planes para la supervivencia del campo ante la presión del mercado inmobiliario. Me gustaría que fueran espejo de lo que ellos llaman “lirica de las izquierdas”: honradez, desprendimiento, sobriedad, bien común. Pero tampoco voy a ocultar mi escepticismo total en política.

Se diga lo que diga, los abiertamente independentistas están obsesionados con los símbolos. Su interés por los derechos y libertades fundamentales me parece primordialmente utilitario. Se postergan los reales o personales frente a los “esencialistas” o territoriales. Se habla ahora de dar unas horas de clase en árabe para los alumnos de esa habla en los centros públicos, serían horas de complemento. Durán, de CiU, replicó que eso llevaría a “desnaturalizar Cataluña”.

Por ahí llegaríamos a mostrar muchas contradicciones e hipocresías. Tiempo al tiempo.

Los independentistas, además de alcanzar el poder y sus experiencias, buscan “cambios en el marco jurídico actual” y “la incorporación del derecho de autodeterminación en un texto normativo”. Pujol hizo de Moisés para ellos y no llegó a la “tierra prometida”. Pero esto a la mayor parte de la sociedad catalana le suena a música celestial, le trae sin cuidado. En cambio, si se les convence de que la reforma del Estatuto de autonomía comportará una mejora de la inversión pública del Estado y dará paso a un sistema de financiación beneficioso, los ciudadanos catalanes pondrán otra cara.

La demagogia se pagará entonces cara. Nadie, por ejemplo, explica con claridad y concreción lo que se hace en el resto de Europa. La cuestión que habrá que saber debatir, sin automáticas y perniciosas descalificaciones de insolidaridad (las cuales, por cierto, generan un singular rechazo entre los catalanes de toda clase), es la revisión de los desequilibrios fiscales (la cual también arrastraría la de la desproporción electoral, el precio de un diputado tiene grandes altibajos en función de dónde se elija). Así, hay quien sostiene la conveniencia de que las Comunidades Autónomas tengan el control y la responsabilidad de los ingresos fiscales de sus ciudadanos con la obligación de contribuir, en función de su renta, a la caja única de las pensiones y de las “acciones asistenciales” y para que los ciudadanos de otras regiones tengan el mismo acceso a las infraestructuras y los servicios públicos fundamentales. Se trataría de medir las diferencias territoriales

también en capital público por habitante. Son asuntos que no se deben rehuir. Maragall ha persuadido a Zapatero para que siga por esa senda. Preveo que, dada su actitud, el economista Piqué acabará fortaleciendo sus posiciones en Cataluña.

Ha pasado desapercibido, pero he observado en Maragall, ya en su nuevo cargo, una matización a sus anteriores juegos verbales. Así se ha referido a nuestro sistema político como “pluralista, federal, federalizante si usted quiere, autonómico lo llamamos aquí”. Huelgan comentarios. Siempre entusiasta de la innovación, ha dicho que en Cataluña “hay que dar cancha, hay que devolver competencias a la sociedad civil y a la base del sistema político, que son los municipios”. Y también ha agregado que “la sociedad catalana se tiene que despertar a su propia responsabilidad. Ya no puede vivir más de pensar que no le han dejado ser”.

Volviendo a Durán, el futuro portavoz del grupo parlamentario de CiU en el Congreso (años ha, todos los medios de comunicación hablaban, con palmario error consentido, de Minoría Catalana; eso que hemos ganado), no habría que pasar por alto su propuesta de “tapar el vacío” del centro de la política española. No está mal la cosa. Propone una confederación de partidos centristas y dice que no es una nueva versión del Partido Reformista (su fracaso en el resto de España hizo olvidar su gran éxito en Cataluña, consiguió un capital trasvase de votos de UCD). Dice Durán que aquel fue un error por “querer hacer un partido estatal y pilotarlo desde Cataluña, lo que no es mi caso”. Otra falacia: Miquel Roca, el fundador de aquel partido, no militaba en él. También asegura que pretendía superar el “enfrentamiento que había entre AP y el PSOE”. Sí, todo

desinteresado y sin el CDS de Adolfo Suárez, que aquel año de 1986 creció de manera espectacular.

Los antiguos portavoces de Cataluña han perdido su monopolio. Resulta curioso que ahora socialistas y nacionalistas reclamen que el Senado sea una cámara territorial. Hace un cuarto de siglo fue propuesto en vano por Julián Marías. Las memorias son frágiles. Pero está claro que lo que no se hizo entonces no debería tardar en hacerse.

En estos primeros días de gobierno tripartido ha habido fricciones entre socialistas y republicanos, especialmente cuando aquellos determinaron que el director general de la Corporación Catalana de Radio y Televisión fuese Joan Majó, un ingeniero de telecomunicación que fue ministro de Industria con González, y no el candidato de ERC. Maragall ha demostrado una sorprendente robustez y ha venido a decir que los socialistas son los experimentados y los otros, alumnos, deberían curtirse. Carod y los suyos se han tomado muy a mal ese “incumplimiento de lo pactado”, han gritado que ese gobierno existe sólo gracias a ellos. Un brindis al sol.

También se habló de hacer cooficial el catalán en toda España. Obviamente no procede. No es una lengua viva en todo el conjunto. No obstante, convendría recordar que, a comienzos de 1914, Miguel de Unamuno lamentaba que fuera de Cataluña no se hubieran vendido en el resto de España más que seis ejemplares de las obras completas de su íntimo amigo Joan Maragall, abuelo de Pasqual, (unos textos en catalán y otros en castellano) y exclamaba el escritor

vasco: “¡Y luego se dirá que Cataluña vive espiritualmente divorciada del resto de España!”. También decía que de los catalanes que conocía, Maragall era el que se colocaba siempre en la posición más real y más sensata. Joan Maragall entendía que España era “irreductible a simple unidad, pero no a composición”. Los catalanes somos más sentimentales de lo que se suele suponer, en 1898 el poeta escribió su Oda a Espanya y me parece de interés recoger algunos de sus versos: “Escolta, Espanya, la veu d'un fill que et parla en llengua no castellana, parlo en la llengua que m'ha donat la terra aspra. On ets, Espanya? No et veig enlloc. No sents la meua veu atronadora? No entens aquesta llengua que et parla entre perills? Has desaparegut, entendre an els teus fills? Adéu, Espanya!” Este verso final amaga con la despedida por un sentir desdeñado. Últimamente algunos están aficionados a decir, con simpleza, lo mismo pero en inglés. La bobería debe consumirse sola sin la ayuda de quienes reivindicar un nacionalismo español (no invento nada, citemos dos casos: un ex etarra y otro profesor antifranquista en su día).

“Poca-solta” se dice en catalán de alguien informal y falto de *seny*, sin sentido común ni consistencia. “Solta” era en sus orígenes un nombre abstracto de acción oportuna. Viene de “soldre” y “resoldre”, que significa solucionar, resolver, explicar con coherencia la solución de una dificultad. Confío en que estas páginas se lean tal y como han querido ser escritas: con ponderación y “amb solta”.

Al acabar de escribir me entero de “la noticia”. No voy a cambiar una sola palabra. ¡Qué extraña fascinación por los buitres la de Carod-Rovira! ¿Quién le mandó aceptar entrevistarse, como presidente de la Generalitat en funciones, con ETA? ¿Podía creer que la banda de asesinos le dejaría sin regalo de Reyes? ¿Qué buscaba? ¿Podía creer que el Ministerio del Interior no captaría su reunión con la banda gangsteril en bancarrota, podía creer que su presidente Maragall y la opinión pública no acabarían pillándole su pillería? ¿Adónde conduce la megalomanía?

Post Data